

*Artículo publicado en el Diario
EGIN 10 de diciembre 2011*

UN VERSALLES PARA LA DEMOCRACIA

Comenzamos con este artículo una serie de tres, dedicados a las intervenciones urbanísticas que el arquitecto catalán Ricardo Bofill nos intenta dejar en nuestros bares. El proyecto de la Echevarría en Bilbao, la actuación en el polígono de Lacua en Vitoria y el denominado Castro-Novo en Castro Urdiales.

No es normal que la arquitectura como tema se vea acogida en los medios de comunicación de masas. Como hecho cultural, es a nivel público, uno de los grandes olvidados y no es de extrañar, si tenemos en cuenta, la bajísima calidad arquitectónica dominante en nuestras ciudades, en las que apreciar arquitectura decente resulta verdaderamente difícil. Sin embargo, en tres veces en poco tiempo, un arquitecto catalán, viene saliendo en nuestra prensa, dando soluciones y haciendo propuestas para nuestros problemas ciudadanos. La aparente y llamativa heterodoxia que parece predicar, llama lógicamente la atención, en un medio, donde el debate arquitectónico brilla por su ausencia. La presentación a la prensa y a nuestros “sorprendidos” parlamentarios de lo que se ha dado en llamar el “Proyecto Bofill”, que el citado arquitecto pretende revalorizar para la Empresa Echevarría S.A., los terrenos ya valiosos, que esta empresa tiene en Begoña, parece que ha causado sensación. Un proyecto progresista se dice, realizado por un taller de “Zizquierdas” que dirige un arquitecto que se autocalifica de “socialista” y que pretende construir más de mil viviendas para que todas las clases sociales vivan armoniosamente, olvidando aquellas ideas anticuadas del viejo Marx que quedaría desacreditado ante la genialidad de un arquitecto como Bofill. Un parque para todo Bilbao que el subsodicho arquitecto, casi casi... nos regala directamente desprendido de su ilustre mano de artista. Todo ello presentado a bombo y platillo por que el arquitecto socialista cree que el pueblo ha de estar informado y en lo que desde luego lleva razón.

Un barrio para todos, la ciudad sin clases. El objeto inconscientemente perseguido por Bofill de suavizar el conflicto social hasta convertirlo en consenso. Superar situaciones políticas mediante el proyecto. La obsesión que planificar un desarrollo urbano a través de la mezcla de clases, como si la segregación social de Bilbao fuera una particularidad antropológica, haciendo abstracción de las circunstancias políticas que han determinado dicha segregación. La vieja idea de la construcción de la ciudad socialista en occidente donde todos los hombres podrán vivir libres, en espacios libres y viviendas libres de la estrechez de la especulación capitalista de la propiedad inmobiliaria y del suelo. Y es que la mano de un arquitecto genial lo puede todo hasta dulcificar la sórdida faz del recalitrante y bunqueriano capitalismo bilbaíno.

Pero Bofill no es un arquitecto cualquiera dicen. No se limita a configurar los espacios en que las relaciones de producción concretizan los hábitos y formas de vida en que tristemente nos desenrollamos. Él no hace, (dice), lo que todos los arquitectos. El quiere convertirse en verdadero revolucionador de las relaciones sociales, revolucionando la arquitectura, solamente es la arquitectura lo que se revoluciona. Pero el quiere convertirse en reformador y diseñador del mundo pensando que cambiando la forma podrá cambiar la vida.

La dulcificación de las propuestas que Bofill nos da a conocer, y que todos queremos y sabemos que no obtendremos, las concreta en su discurso en la creación de grandes plazas y parques, de grandes tapices verdes que trepan por las casa, que cubren los tejados, que ocultan el espacio de las calles de hoy, entre fuentes y luces y música invisible. Volviendo limpias las industrias, rodeándolas de grandes praderas y bosques y a las que irán a trabajar felices y contentos los obreros en rápidos medios de comunicación pagados por los patrones, etc.

La utopía social en arquitectura, que en el fondo no es más que el envoltorio ideológico del paquete de la ciudad capitalista de siempre que todos conocemos y que desde los esquemas de relaciones sociales que le dieron nacimiento nunca cambiarán. Y el profeta dirá: Proletarios, obreras y obreros de Bilbao, poneros nuestras túnicas blancas y subir todos unidos a mi blanca Versalles, allá arriba, en la elevada acrópolis, venir a refugiarnos y dejarnos abarcar en mi parque por los brazos paternales con los que mi edificio envuelve la vegetación. Subir por las rampas procesionales dignas de Belvedere Bramante.

Pero el profeta no se dio cuenta que los 80000 habitantes de Zurbarán, Begoña, Trauco, Santuchu, tec. estaban allí, que no les hace falta subir, que ya estaban arriba y que él los había colocado detrás del edificio en la trastienda de la ciudad. Y en Begoña y en Santuchu dirán: detrás de la muralla dicen que hay un parque.

Pero es igual, que bello se verá el parque desde Bilbao y que bien se vivirá en aquel elevado Versalles dominando la ciudad. El problema será siempre el mismo ¿quién?

A quien abrazarán en el parque los brazos paternales del Santuario Bofiliano.

La privatización del espacio público será hecha por los de siempre, aunque ahora otra vez nos diga que no, uno, que no es el que antes nos lo decía, uno que ahora es, dice, socialista y con esta patente en curso que es el socialismo degradado hasta la caricatura que nos ha traído la nueva democracia, muchos se lo creerán hasta que otra vez se vuelvan a despertar en sus tugurios de siempre y vuelvan a la cruda realidad de siempre.

Brillante papel ideológico pues el del arquitecto para organizar la operación de privatizar, haciéndolo curiosamente público, un espacio público que hoy ya está ahí y que dentro de lo que cabe el pueblo más o menos utiliza y que pronto lo perderá. Pero aún así por inercia todos aplaudirán. Para los de abajo que hoy lo utilizan, seguro que

se hará más difícil subir y para los que están hacinados arriba se toparán con la muralla. Antes los separaba una sucia y ruidosa fábrica, ahora una blanca y bella muralla. Con la dictadura se ponían valles, ahora, árboles y curiosamente resultan más infranqueables.

La acrópolis versallesca de todas maneras, no vencerá del todo a los dirigentes locales que todo lo ven con boina, y exigirán al genial arquitecto que en vez del neo-barroco francés, neo-griego o neo-romano blanco y puro de su mediterráneo el proyecto se desarrolle en clave neo-vasca. Nada más fácil para el eléctrico historicista autos de Les Halles de París y acabará poniendo la boina, del tejado a dos aguas para convertir la acrópolis de griega en vasca, total mediterráneo más o menos hoy en día no es nada. De esta manera la degradación arquitectónica de la actual producción de Bofill se realizará a través de clichés gastados ya totalmente el margen de los circuitos serios y cultos de la producción arquitectónica.

La oposición vecinal había hecho tambalear los proyectos presentados anteriormente por otros arquitectos, seguramente no muy buenos, que el arquitecto “socialista” ha criticado, y que no ocultaban la cara de operación segregadora, enfocada a las capas altas de la sociedad bilbaína a los que iba destinada esta actuación urbana. En otros tiempos, hace pocos años, aquellos proyectos hubieran salido. Hoy ante la coincidencia ciudadana y la nueva situación política se necesita el “progresismo” como alternativa para disfrazar la misma operación, para legitimar y cubrir la operación de los ataques del movimiento ciudadano, para dar argumentos a la política de la administración y de fuera de la administración frente a las protestas de la gente que ya lo ve venir.

Y aunque así fuera, y la gente proteste siempre dirá Bofill: pero, se crearán muchos puestos de trabajo en las obras, se creará riqueza para todos y ahora estamos en crisis y además hay que compatibilizar, más densidad de edificación para la Echevarria con más porque para Bilbao, hay que compatibilizar al beneficio social con el beneficio capitalista, y el vecino de Begoña o de Santuchu pensará ¿pero es todo tiempo en que lleva la Echevarria en estos terrenos, no habrá ganado suficiente dinero como para amortizarla con creces? Y es entonces cuando el vecino se sentará a pensar y se contestará: que sí, que ya se ha ganado bastante, se pondrá de pie, y se le cruzará la vena, y se pondrá a empujar hasta que la blanca muralla de pastel merengue se derrita y entonces, ¡hay pobre Bofill! El vecino tendrá un parque. ¡Qué desgracia!



El montaje fotográfico muestra las pretensiones del proyecto de Ricardo Bofill para los terrenos de Echevarría

El futuro del espacio que deja Echevarría S.A. lo determinará el Plan General de Bilbao

Begoña: El Tribunal Supremo hace irrealizable el «sueño» de Bofill

El Tribunal Supremo ha puesto fin a las pretensiones de Echevarría S.A. de levantar un gran parque coronado por una gran construcción de viviendas y servicios en los terrenos que la fábrica deja en Begoña y los adyacentes de Mallona y la Fábrica de Gas. Su sentencia de diciembre pasado, conocida ahora, desestima el

recurso que la empresa presentó contra la denegación por el Ayuntamiento del plan urbanístico que contiene el ambicioso proyecto del arquitecto Ricardo Bofill, y todas las pretensiones sobre este área quedan a expensas de lo que determine el nuevo Plan General de Bilbao, actualmente en redacción

G. Carrera

El fallo del Tribunal Supremo pasó sin pena ni gloria por el pleno municipal del jueves. La sentencia, de 19 de diciembre pasado pone fin a un largo proceso que se inició el 29 de noviembre de 1977, cuando la empresa Echevarría S.A. presentó el proyecto encargado al conocido arquitecto catalán Ricardo Bofill. El mismo Bofill hizo la presentación técnica de los planes parciales concernientes a los terrenos de la planta industrial, la zona deportiva de Mallona y la Fábrica municipal de Gas y manifestó un gran optimismo que luego se vería de-

fraudado al denegar el Ayuntamiento, presidido entonces por Berasategui, la aprobación solicitada, con un silencio significativo a efectos legales.

Construcción

El Supremo confirma la sentencia de la Sala de lo Contencioso-Administrativo de Bilbao de 14 de abril de 1981 y da la razón al Ayuntamiento en el sentido de que no tiene porque aprobar unos planes parciales promovidos por un particular «cuando de una manera patente y notoria el contenido de los mismos resulta incompatible con normas de superior jerarquía». La

construcción proyectada de edificios de viviendas y servicios, de 5, 8, 10 y hasta 12 alturas, a modo de dos grandes manzanas longitudinales que coronarían y abrazarían a los costados el gran parque, ha sido motivo suficiente para que el Tribunal dé la razón al Ayuntamiento en base a la legalidad urbanística vigente: *«es evidente —dice la sentencia— que los proyectos presentados conculcan lo dispuesto en el texto refundido de la Ley del Suelo, pues prevén una densidad de viviendas superior a la que como límite máximo establece dicho precepto... Superan el límite de alturas establecido en el*

Plan Comarcal al ofrecer un total de más de dos mil quinientos metros de fachada que superan el límite de 7 alturas».

Al margen de otras consideraciones de tipo legal, el proyecto de Echevarría S.A. fue contestado duramente en tiempos del alcalde Berasategui por las asociaciones de vecinos de la zona, que querían un gran parque libre de toda construcción. La primera corporación democrática, presidida por Jon Castañares, dejó que el curso del contencioso legal siguiese su ritmo a sabiendas de que el Supremo no dictaría sentencia antes de que terminase su

mandato. El entonces presidente de la comisión de Urbanismo, Xabier Ortega, dejó bien claro en más de una ocasión que era deseo del Ayuntamiento que los terrenos de Echevarría pasasen a ser zona verde pero de exclusiva promoción pública, con la ayuda financiera para la compra que, al parecer, el Gobierno vasco estaba dispuesto a aportar.

No convenció ni parece convencer ahora, con la actual corporación, la operación compensatoria de la promoción privada de viviendas, locales comerciales, aparcamientos, etc., a cambio del parque y las posibilidades de equipamientos y servicios públicos. El propio Ricardo Bofill explicó en la presentación del proyecto que se trataba de conseguir un gran parque forestal y ajardinado pero salvando los lógicos intereses económicos de Echevarría.

«Los límites de un proyecto —dijo el 29 de noviembre de 1977 a la Prensa— no podían seguir la forma estricta de la propiedad, sino que debían encajarse en un conjunto armónico. La filosofía del proyecto fue inspirada en el sentido de que hubiese en la misma operación viviendas, aparcamientos, centro comercial, oficinas municipales y un gran parque. Las asociaciones de vecinos piensan que todo debe ser zona verde, pero hay que pensar también en los particulares, que deben ganar lo que necesitan ganar.»

Tampoco tuvo su proyecto buena acogida entre los arquitectos vascos, que se veían desplazados por los de fuera ante un proyecto tan interesante y de tanta envergadura. El arquitecto catalán intentó aquietar los ánimos de sus compañeros de profesión asegurando que no tenían por qué temer un desplazamiento, puesto que él y su equipo se limitarían al control del proyecto global, de la armonía del conjunto, y se daría entrada a otros arquitectos y promotores para la construcción de las viviendas.

«Los arquitectos vascos —dijo a los medios informativos— parece que temen perder su influencia, pero no la van a perder, sino que la van a tener.»

No convenció

En plena época de transición, Bofill llegó a apelar a los

partidos políticos para que de alguna forma —a través de una comisión mixta Ayuntamiento-partidos— tomasen parte decisiva en el asunto, sin esperar a las elecciones democráticas. El arquitecto explicó que él y su equipo «rompemos con la anterior concepción del urbanismo por encima de las politizaciones. Este parque —intentó convencer en vano— nos parece fundamental para Bilbao y ayudará a purificar el microclima del entorno a base de muchísimos árboles».

El proyecto fue tachado de «fabuloso», ya que sólo el parque estaba presupuestado en unos 250 millones de pesetas de las de entonces y no se tenía una estimación de la inversión que hubiese sido necesaria para levantar las construcciones proyectadas.

Consideraciones de tipo económico aparte, el proyecto en sí tenía también su lado fabuloso. La particular visión del equipo Bofill para rematar tan privilegiada y extensa terraza sobre el centro de la ciudad, a 50 metros de altura sobre la cota cero de la ría. Aunque lo más normal es que la promoción de viviendas hubiese quedado repartida entre distintas empresas, el plan obligaba a guardar una línea arquitectónica precisa, tanto en emplazamiento (abrazando el parque a modo de construcción palaciega), como en volumen y estilo (de corte moderno y funcional). Tres calles peatonales dividirían la construcción longitudinalmente, dispuesta en forma de U mirando hacia Bilbao, con dos grandes plazas en las uniones, otras dos en los extremos y otra en medio de la calle principal, todas porticadas.

Las edificaciones albergarían 1.170 viviendas, aparcamientos para 4.100 vehículos, comercios, restaurantes, mercados, terrazas, un ala reservada a servicios municipales, aulas culturales, bibliotecas, etc. El resto de la zona sería un gran parque de 152.000 metros cuadrados de superficie, dos veces y media la del parque de doña Casilda, con grandes espacios abiertos rodeados de arbolado y una distribución de paseos del corte de los jardines franceses. El conjunto quedaría rematado con una pérgola en el centro de la fachada inferior del parque, como mirador a la villa.



CASTRO URDIALES
CASTRO NOVO
CASTRO MAR



ARTÍCULOS PUBLICADOS

“Una blanca muralla que segrega la ciudad. El proyecto Bofill para Bilbao”

EGIN 10 de diciembre de 1977

“La vivienda al servicio de ejecutivos y progres. El proyecto Bofill para Vitoria”

EGIn 27 de diciembre de 1977

“Castronovo, otro horizonte para la oligarquía. El proyecto Bofill para Castro”

EGIN 30 de diciembre de 1977

